

Serie La Epístola de Santiago

- Capítulo 1:6-13 -

Agosto 3, 2022

Lectura de Estudio:

6 Pero que pida con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento. **7** Quién es así no piense que va a recibir cosa alguna del Señor; **8** es indeciso e inconstante en todo lo que hace. **9** El hermano de condición humilde debe sentirse orgulloso de su alta dignidad, **10** y el rico, de su humilde condición. El rico pasará como la flor del campo. **11** El sol, cuando sale, seca la planta con su calor abrasador. A esta se le cae la flor y pierde su belleza. Así se marchitará también el rico en todas sus empresas. **12** Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes lo aman. **13** Que nadie, al ser tentado, diga: «Es Dios quien me tienta». Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie.



Fe versus duda: Si bien Santiago describe a Dios como generoso, que nos da sin reserva ni reproche, Dios sigue demandando que pidamos con fe, sin dudar. Santiago nos dice que la persona que pide, pero duda, es como las olas llevadas por el viento, una persona de doble ánimo que es inconstante en todo lo que hace. Él nos advierte que si pedimos dudando, no deberíamos esperar recibir algo de parte del Señor.

Como veremos a lo largo del libro de Santiago, la vida de fe no es para los que se amilanan fácilmente. La fe exige que mantengamos nuestra decisión de confiar y

obedecer, a pesar de las tormentas que puedan golpearnos. Santiago aclara este punto usando el ejemplo negativo de la persona de doble ánimo.

En los versículos 9–11, Santiago cambia sus metáforas por imágenes contrastantes de los humildes y de los ricos. Casi pareciera que está pasando a un nuevo tema, pero su afirmación en el versículo 12 acerca de la persona que resiste las pruebas, sugiere que estos comentarios sobre la jactancia vuelven a estar relacionados con el tema de pedir con fe. Con las exhortaciones de los versículos 9–10, Santiago altera el concepto convencional de considerar a la sabiduría como una fuente potencial de jactancia, confianza y duda.

La exhortación de Santiago a que los de condición humilde se gloríen de su alta dignidad nos toma por sorpresa, puesto que choca con lo que podríamos esperar. Después de todo, ¿conoce a alguien que se deleite en no tener una ‘condición elevada’? Hoy utilizamos términos como ‘postergados’ o ‘marginados’ para describir a estas personas, como si ellos hubieran sido cercenados o separados de la mayoría. Contraste estos términos con las metáforas habitualmente asociadas a los que tienen autoridad o dinero, como por ejemplo, ser ‘influyente’, un ‘pez gordo’, o ‘poderoso’. Como veremos en 2:1–4, nuestra tendencia es a inclinarnos ante los que tienen dinero o posición. Ellos son los que normalmente influyen en la sociedad, ¿no es así? En contraste, rara vez se muestra el mismo respeto que se da a los ricos en relación a los pobres y los de condición humilde. En vez de ello, a menudo se les trata como invisibles, indignos de nuestra atención. Este es el tipo de tratamiento que Santiago busca corregir.

¿Cómo puede una posición baja tener algo bueno? Santiago responde ilustrando la naturaleza fugaz de la riqueza. Cualquier confianza que pongamos en la riqueza y no en Dios no solo está fuera de lugar, sino que está predestinada al fracaso. Santiago no dice que la riqueza sea mala; no hace ningún comentario al respecto. Lo que él señala es que así como la riqueza es fugaz, también lo es la estabilidad que ofrece. Por ello, esta actitud de valorar la riqueza y la posición por sobre las personas, debilita a la larga el prestigio que nuestra sociedad les asigna. Por el contrario, él condena la forma en que tratamos a los pobres. Si aceptamos su enseñanza sobre estos asuntos, esto debería verse reflejado en nuestros valores y nuestras acciones, en particular en nuestro (mal) trato a los demás en base a su posición.



Gloriarse en lo que perdura: Santiago compara el beneficio de corta duración de las riquezas con la flor de la hierba. De la misma manera en que la belleza de la flor perece, también lo hacen el lujo y la confianza derivada de las riquezas. En lugar de colocar la confianza en las riquezas o la posición, Santiago nos aconseja poner nuestra confianza en lo que perdura.

¿Está Santiago implicando con esto que los pobres tienen automáticamente una fe fuerte mientras que los ricos carecen de fe? ¿Está condenando las riquezas como algo malo o algo de lo cual hay que huir? No. En vez de ello, él condena nuestra tendencia humana aparentemente permanente de estimar a los ricos y tratarlos con deferencia (véase Stg 2:5–6; 5:1–6). Lo que debemos respetar y estimar, es el carácter divino en otros; no obstante, con demasiada frecuencia permitimos que las riquezas y las posiciones nos impresionan. Santiago apela en este caso a prototipos, casi caricaturas, de ricos y pobres. Su objetivo es que volvamos a examinar nuestras propias fuentes de confianza y jactancia a la luz de nuestra tendencia humana a adorar la riqueza en lugar de al Dador de toda buena dádiva (1:17).

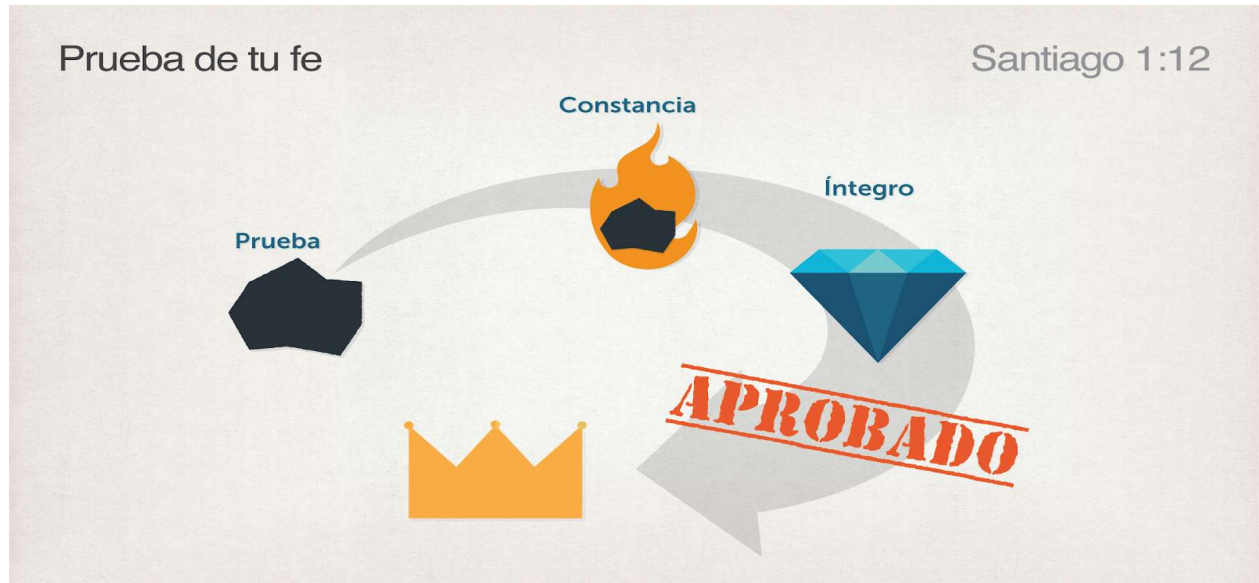
Por mucho que digamos que el dinero no trae la felicidad, necesitamos revisar constantemente nuestra práctica en comparación con nuestras supuestas creencias. Una de las cosas más grandes sobre el evangelio es su capacidad para nivelar las jerarquías que establece el hombre. Sin embargo, a pesar del poder que tiene el evangelio de igualar, muy a menudo volvemos a colocar a las personas en un pedestal por su dinero, posición, educación, o una serie de otras cosas. Santiago nos recuerda que nuestra elección de honrar a una persona puede llevarnos a deshonar a otra. Cuánto peor es, entonces, si la persona que escogemos honrar no lo merece, como en el ejemplo de Santiago de los ricos que arrastran a los creyentes ante los tribunales.

El dinero es amoral; no es ni bueno ni malo. Eclesiastés ofrece una perspectiva útil sobre ambos extremos del espectro con respecto a la riqueza. Tener abundancia es una bendición de Dios, especialmente la capacidad de disfrutarla (véase Ec 5:18–20). ¡Debiéramos disfrutar del fruto de nuestro trabajo como un regalo de Dios! No obstante, se describe también un lado más oscuro del dinero, sobre todo cuando se tiene una gran cantidad del mismo, en Eclesiastés 5:10–12:

“Quien ama el dinero, de dinero no se sacia. Quien ama las riquezas nunca tiene suficiente. ¡También esto es absurdo! Donde abundan los bienes, sobra quien se los gaste; ¿y qué saca de esto su dueño, aparte de contemplarlos? El trabajador duerme tranquilo, coma mucho o coma poco. Al rico sus muchas riquezas no lo dejan dormir.”

Dios ha confiado a cada uno de nosotros diferentes cantidades; el dinero es suyo y no nuestro. Cuando actuamos como propietarios en vez de como mayordomos, las cosas pueden ponerse feas rápidamente.

Nuestra fe y fuente de jactancia pueden cambiar del Creador a lo creado; uno es eterno, el otro es fugaz. Santiago nos recuerda que aquellos que confían en la riqueza solamente, encontrarán que su jactancia es tan efímera como una flor bajo el sol abrasador. Las preguntas clave que debemos hacernos son las siguientes: ¿En qué estamos invirtiendo? ¿Qué es lo que nos mueve? ¿Es nuestra pasión y amor a Dios, o nuestra pasión y amor a las posesiones y ganancias materiales? El dinero no es ni bueno ni malo; lo que importa es lo que hacemos con lo que tenemos.



Prueba de tu fe: Santiago retoma el tema de soportar las pruebas, añadiendo un comentario más acerca de lo que los que resisten la prueba de su fe pueden esperar. Además de ganar constancia y de sentirse íntegros, los que resisten la prueba y la pasan, pueden esperar recibir la corona de vida.

La estrategia de Santiago para exhortarnos –en este caso, a soportar las pruebas– es recordarnos cuánto más grande es el panorama eterno. Es fácil distraerse por el aquí y el ahora, olvidando la recompensa que nos espera cuando Cristo regrese y todas las cosas sean puestas en orden. Para los que aman a Dios, una de esas recompensas es una corona de vida. Santiago no está introduciendo nuevos incentivos para animarnos a obedecer. En lugar de ello, nos recuerda lo que ya nos ha sido prometido. Sin embargo, cuando describe estas cosas, él lo hace sonar como si la recompensa fuera solamente para los que hacen X y no para todos los creyentes. Esta es la razón por la cual el versículo 12 pareciera decir que solo un subgrupo de creyentes recibirá la corona de la vida. Miremos más detenidamente lo que él dice y lo que *no* dice.

En primer lugar, ¿qué quiere decir Santiago con «corona de la vida»? Encontramos esta frase en Apocalipsis 2:10, donde se describe el mismo tipo de recompensa que se da en respuesta a la fiel perseverancia, incluso hasta el punto de morir por ella. Es bastante probable que ambas menciones se refieran a la vida eterna que se pasa con Dios, la vida *después* de la muerte física. Este punto de vista es compatible con la descripción que hace Santiago de esta corona *prometida* a los que aman a Dios. Esto significa que no es algo que pueda ser quitado o se pueda perder.

¿Cuál es el objetivo de Santiago en este caso? Estimular a los lectores a seguir fielmente a Dios, aun en medio de la adversidad de la vida. Este pasaje no está enseñando acerca de quién recibirá o quien no recibirá una corona de vida. Más bien, Santiago centra nuestra atención en el premio que se ha prometido a los que aman a Dios. Sí, su fraseo crea la impresión de que esta corona podría estar en peligro si no perseveramos. No obstante, en nuestra mente debemos tener en cuenta su descripción

adicional sobre la corona prometida. Como veremos, Santiago usa la misma estrategia discordante en su comparación de la fe y las obras en Santiago 2:14–16

Recuerde que Santiago aclara la *naturaleza* de las pruebas en el versículo 2 reformulándolas en el versículo 3 como una prueba de nuestra fe, por lo general a través de cosas que no podemos controlar. Él ofrece el mismo tipo de aclaración aquí en el versículo 13, pero las pruebas ya no son pruebas de fe que proceden de una fuerza o algo más allá de nuestro control (por ejemplo, un diagnóstico de cáncer o una recesión económica). En este caso, las tentaciones que él tiene en mente están relacionadas con ceder al mal, algo que está completamente bajo nuestro control. Este segundo tipo de prueba incluye la clase de prueba que nos causamos a nosotros mismos cuando nos rendimos a nuestras inclinaciones malas y pecaminosas.

Santiago afirma que Dios no puede ser tentado *por el mal*, ni él mismo tienta a nadie. Al incluir esta calificación «por el mal» en el versículo 13, Santiago deja en claro que él no está centrado en las pruebas causadas por fuerzas amorales, sino más bien en la tentación de nuestros principios morales, que pone a prueba nuestra capacidad para escoger no hacer el mal.



¿De Dios?: ¿De dónde viene realmente la prueba moral que enfrentamos? ¿Son estas pruebas morales enviadas por Dios al igual que las otras pruebas, o son otra manera de probar nuestra fe? Santiago dice de todo corazón: “¡No!”

Ya que todos enfrentamos tentaciones, debemos entender sus orígenes para combatirla con eficacia. Si las tentaciones morales realmente vienen de Dios, entonces somos víctimas desventuradas, porque Dios está soberanamente en control de todas las cosas. Podríamos apelar a la queja hipotética formulada por Pablo en Romanos 9:19 de que no somos capaces de resistir y, por lo tanto, no somos responsables, ¿verdad? Esto es solo si Dios efectivamente es la fuente de la tentación moral, algo que Santiago deja en claro que no es.

Entonces, ¿de dónde viene la tentación si no es de Dios? Para responder a esta pregunta, Santiago pasa a una cruda verdad y que demasiado a menudo pasamos por alto. No todas las pruebas se originan en fuentes externas. Santiago señala que traemos algunas pruebas a nuestras vidas a través de nuestras propias malas decisiones. Entonces en vez de apuntar con el dedo a Dios (o al diablo) como la fuente de todos nuestros deseos inmorales, Santiago dice que es necesario que consideremos nuestra propia responsabilidad en el asunto. ¿Son nuestros malos deseos la verdadera raíz del problema?

Para ayudarnos a entender cómo operan nuestros deseos, Santiago los personifica como un flautista de Hamelín, que nos arrastra y nos tienta, nos atrae y nos 'dejamos llevar' y cedemos. El proceso que describe Santiago en los versículos 14–15 tiene enormes implicaciones para la forma en que conceptualizamos y combatimos el pecado. ¿Por qué? Basta pensar en cómo hablamos del pecado. Hablamos de 'caer en el pecado' o cometer un pecado, dando a entender que el pecado fuera un *suceso*, algo que simplemente sucede de repente, más que un proceso de múltiples etapas. ¡Reconocer esta distinción tiene enormes implicaciones para la manera en que combatimos nuestros deseos pecaminosos!

Continuacion:

